

Jn 20,19-31

Vino Jesús y se puso en el medio

El Evangelio del Domingo II de Pascua es el mismo en los tres ciclos de lecturas. En este domingo, que concluye la Octava de Pascua, no puede leerse un Evangelio distinto que el que narra la confesión del apóstol Santo Tomás ante Jesús resucitado: «¡Señor mío y Dios mío!», porque esta confesión es la más explícita que tenemos en todo el Nuevo Testamento sobre la divinidad de Jesucristo y fue pronunciada por primera vez ese octavo día –contando el primero y el último– después de la resurrección de Jesús, es decir, el día que corresponde al Domingo II de Pascua: «Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos».

El Evangelio relata dos apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos reunidos, que son presentadas por el evangelista en forma claramente paralela, lo que es más evidente aún si se comparan con la tercera aparición, ocurrida «a orillas del mar de Tiberíades», que es distinguida con esta observación: «Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos» (Jn 21,14). Las dos primeras apariciones ocurren ambas el primer día de la semana; en ambas Jesús encuentra a sus discípulos reunidos, con excepción de Tomás, que falta en la primera de ellas y está presente en la segunda; Jesús saluda con las mismas palabras: «Paz a ustedes», que tiene todo el aspecto de un saludo ritual; el evangelista evita la expresión «aparecerse» o «manifestarse», aunque los discípulos claramente vieron a Jesús –«Les mostró las manos y el costado»–, luego, aseguran a Tomás: «Hemos visto al Señor», por último, incluso lo tocan: «Mete tu dedo en el agujero de los clavos y tu mano en mi costado»; en ambos casos el evangelista usa, en cambio, la expresión: «Vino Jesús y se puso en el medio».

De todos esto podemos deducir que el evangelista está escribiendo para una comunidad que ya ha recorrido bastante camino –estamos hablando el año 90 d.C. aprox.– y ya ha adoptado como «día del Señor» el primer día de la semana, día en el cual la comunidad se reúne para hacer memoria de Jesús resucitado; que lo hacían repitiendo los gestos y palabras que Jesús les mando repetir, cuando en la última cena instituyó la Eucaristía: «Hagan esto en

memoria mía» (Lc 22,19; 1Cor 11,24.25); que el efecto de eso, que ellos hacen en memoria de Jesús, cuando se reúnen el día del Señor, se realiza, es decir, que «viene realmente Jesús y se pone en el medio», aunque no sea una aparición, porque no se verifica por el sentido de la vista o del tacto. Aquí rige lo que afirma Santo Tomás de Aquino en su magnífico himno eucarístico «Adoro te devote, latens Deitas»: «Visus, tactus, gustus in te fallitur; sed auditu solo tuto creditur; credo quidquid dixit Dei Filius; nil hoc Verbo veritatis verius». El Santo Doctor llama a la Eucaristía: «Deidad oculta» y afirma: «La vista, el tacto, el gusto en ti nos engañan; sólo por el oído se cree con seguridad; creo todo lo que el Hijo de Dios dijo; nada hay más verdadero que esta Palabra de verdad».

Conviene en este punto aclarar una expresión que usamos nosotros cada vez que, en el Día del Señor, encontrándonos en la situación de esos primeros discípulos, viene Jesús y se pone en el medio. En la Plegaria Eucarística II, antes de pronunciar las palabras con las cuales el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre, el sacerdote ora al Señor con estas palabras: «Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Señor». La expresión: «Se conviertan para nosotros» es la traducción del latín: «ut nobis Corpus et Sanguis fiant...». Pero entre nosotros se usa la expresión idiomática «para mí» o «para nosotros», admitiendo que pueda ser distinto «para otros». Se suele escuchar: «Para mí, tal cosa es así». Podría, entonces, entenderse que el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre «para nosotros», que tenemos fe, pero no para los que no creen. ¡No es así como debe entenderse! En virtud del poder de Dios el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre en forma objetiva, cuando el sacerdote dice: «Esto es mi Cuerpo... Este es el cáliz de mi Sangre...», según lo que expresan esas palabras, es decir, para todos, crean o no crean.

La cláusula «para nosotros» quiere decir que esa conversión la obra Dios para beneficio nuestro, entendiendo todos los seres humanos, para que podamos gozar de ese alimento de salvación y se cumpla la promesa de Cristo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6.54).

Finalmente, podemos agregar que en ambas ocasiones en que Jesús resucitado se pone en medio de sus discípulos el primer día de la semana hay

una afirmación de su divinidad, una indirecta y la otra directa y explícita. En la primera vez Jesús dice a sus discípulos: «A quienes ustedes perdonen sus pecados les quedan perdonados». Es claro que ellos son seres humanos y no tienen poder propio para perdonar los pecados; ese poder lo reciben de Cristo resucitado. Pero es claro también que Dios es el único que tiene ese poder y es el único que puede dar ese poder a otro. En cierta ocasión Jesús dijo a un paralítico: «Tus pecados te son perdonados» y demostró que esa palabra se había cumplido sanando al paralítico (cf. Mc 2,3-12). Si en esa ocasión todos reaccionaron diciendo: «Nadie puede perdonar pecados fuera de Dios» y tenían razón, con cuanta mayor razón debemos decir que nadie puede dar a otro ese poder sino solo Dios. Jesús lo hizo revelando su condición divina.

En la segunda ocasión en que se presenta Jesús y se pone en medio de sus discípulos, Tomás confiesa explícitamente a Jesús como su Señor y su Dios. Y Jesús acepta esa confesión como la verdad diciendo a Tomás: «Has creído».

¡Cuánto se perdió Tomás por haber faltado a la reunión de los discípulos en la primera vez que vino Jesús! Tampoco nosotros sabemos qué gracias nos tiene preparadas el Señor cuando participamos de la Eucaristía dominical. El Evangelio de este domingo nos exhorta a no faltar nunca, porque siempre «viene Jesús y se pone en el medio» y es verdad la aclamación dirigida al Padre con que concluye la Plegaria Eucarística III: «Por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Administrador Apostólico de Santa María de los Ángeles